La elusividad de la noción de contextualización en ciencia

Cecilia Hidalgo*

1 INTRODUCCIÓN

La influencia del contexto social y cultural en las producciones científicas ha sido ampliamente defendida por los epistemólogos sensibles a los aportes de las ciencias sociales. Empero, la manera como han entendido la noción de contextualización merece aún un análisis, permaneciendo a la espera de elucidación y operativización. En efecto, dentro de las reconstrucciones contextualistas más comunes sobresale lo elusivo que sigue siendo el captar aspectos relevantes a la producción y validación del conocimiento, como algo distinto a la caracterización de momentos históricos y condiciones sociales que constituirían un mero telón de fondo de los hallazgos y razonamientos científicos. En este trabajo se repasan los principales sentidos de la noción de contexto y cómo la han vuelto operativa dos vertientes teóricas distintas, centrada en factores extralingüísticos una y en aspectos discursivos otra. En particular nos detendremos en las perspectivas del filósofo argentino Félix G. Schuster y del historiador inglés Quentin Skinner. El trabajo señala cómo tales sentidos se articulan y solapan con dos grupos de nociones asociadas y de amplio uso en las ciencias sociales. En primer lugar, con las de *enjeu* (para el francés) o *at stake* (para el inglés), vertidas al castellano como "aquello que se pone (o está) en juego". En segundo lugar con las de fuerza ilocucionaria y perlocucionaria de un enunciado, retomadas de la obra de Austin por el historiador inglés. Todas estas nociones comparten la pretensión de lograr que en el análisis de la ciencia la atención se redireccione desde los aspectos proposicionales (o de contenido) de las teorías científicas hacia la situación o la ocasión en la que se produce su formulación, enunciación e incluso su uso, y hacia las acciones asociadas a ella, reconociendo su carácter espaciotemporalmente singular.

La exposición deja en claro la divergencia de los sentidos que se atribuyen a estas nociones emparentadas y lo elusivo que sigue siendo dentro de las reconstrucciones contextualistas que han llevado a un nivel empírico este tipo de preocupaciones, el captar aspectos relevantes a la validación del conocimiento. En este sentido, el hiato entre la producción y la validación del conocimiento, entre el descubrimiento y la justificación se muestra como uno de los mayores desafíos a la reflexión epistemológica.

2 PRINCIPALES SENTIDOS OPERATIVOS DE LA NOCIÓN DE CONTEXTUALIZACIÓN, EN TANTO OPERACIÓN INTELECTUAL REALIZADA POR LOS EPISTEMÓLOGOS Y CIENTÍFICOS SOCIALES

2.1 Visión centrada en factores extralingüísticos

Una visión muy extendida acerca del significado de la noción apunta a elementos extralógicos, o los ambiguamente llamados "factores" sociales, políticos, económicos cuya naturaleza no es estrictamente

* Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina. E-mail: chidalgo@filo.uba.ar; cecil.hidalgo@gmail.com

lingüística. Tomaremos como base para caracterizar esta visión un artículo de 1999 del filósofo argentino Félix G. Schuster titulado "Los laberintos de la contextualización en ciencia", obra que ha inspirado y ofrecido un marco analítico a diversas investigaciones empíricas realizadas ese país[1]. Schuster distingue tres tipos de *contextualización* a las que denomina *situacional, relevante* y *determinante*.

En el nivel de la primera o situacional, que reviste un carácter descriptivo, los investigadores schusterianos intentan una "reconstrucción" abarcadora, lo que supone elaborar un registro amplio de eventos y condiciones iniciales identificadas sobre la base de un primer criterio de selección de los datos. En esta contextualización se identifica lo "importante" en relación con objetivos trazados en principio por el epistemólogo contextualizador. En palabras de Schuster:

> La contextualización situacional tiene que ver con la descripción de los sucesos y factores históricos, sociales, políticos, etc. que acontecieron en el tiempo y lugar de surgimiento de las teorías científicas de que se trate, incluyendo las referencias individuales, institucionales o comunitarias vinculadas con el descubrimiento o con la producción correspondientes. Todo ello permitirá una comprensión más adecuada de las teorías producidas, insertas en un medio socio – histórico determinado. (Schuster, 1999, p. 24).

Adviértase que cuando Schuster habla de datos no se circunscribe a elementos discursivos, pues estos bien podrían provenir de la investigación arqueológica o censal, entre otros. En la contextualización situacional lo que se realiza es algo así como una "reconstrucción" del "clima de época" y se establece un mapa de la *comunidad científica* que se está estudiando, por pequeña que esta sea, o si se prefiere, de los distintos agentes intervinientes en controversias científicas, recortándolos típicamente a través de la oposición de líneas teóricas o conceptuales.

Una división en dos niveles de análisis es consustancial a este enfoque: el de la *práctica científica*, por una parte, y el *cognitivo* por otra. En el de la práctica se considera al investigador como sujeto a múltiples determinaciones (intereses, restricciones materiales, condiciones de trabajo, políticas, sociales, culturales, psicológicas y económicas, entre otras). En el *plano cognitivo* lo central son las condiciones teóricas y metodológicas de partida (las teorías, conceptos, modelos, esquemas explicativos aceptados, en proceso de evaluación en un momento dado), pero también las ideológicas en su sentido general, sean filosóficas, estéticas o políticas.

El verdadero esfuerzo contextualizador alcanza su máximo grado de dificultad, sin embargo, con lo que Schuster denomina *contextualización relevante*. En este momento se intentan establecer conexiones entre producción y validación del conocimiento, en base a un criterio que selecciona entre los datos de la contextualización situacional aquello que tiene peso como "evidencia". Mientras que en la contextualización situacional se trabajaba a un nivel descriptivo, la contextualización relevante pretende alcanzar cierto nivel *explicativo* (Filippa, 1996, p. 18-19), aún a nivel de la producción de una narrativa *á la* Danto en la que necesariamente "explicar por qué sucedió lo que sucedió" conlleva agrupar acontecimientos considerados relevantes. Afirma Schuster:

---

[1] Entre ellas destaco las de Ana Filippa sobre la sociología científica argentina que se institucionalizara a fines de la década de 1950 alrededor de la figura de Gino Germani; la de Valeria Hernández y Adriana Stagnaro acerca de los distintos arreglos científico-empresariales de importantes equipos biotecnológicos en las décadas de 1980-90; la de Zulema Marzoratti sobre el surgimiento y la consolidación de la investigación en física nuclear durante el peronismo histórico y la de Pablo Stropparo sobre la Revista Desarrollo Económico del IDES, única por su continuidad a lo largo de más de 50 años, como espejo de la evolución de las ciencias sociales en Latinoamérica.

> La contextualización relevante constituirá, a nuestro entender, el lugar de discusión idóneo que nos permita plantear, en primer término, bajo qué condiciones puede darse la conexión entre producción y validación del conocimiento científico, mediante la incorporación de factores cognitivos (provenientes del campo social, histórico, económico, etc.) al contenido mismo de las teorías (o se vinculen con consecuencias metodológicas) y, en segundo término, establecer el carácter propio de esa pertenencia, cubriendo así el hiato entre producción y validación, entre descubrimiento y justificación del conocimiento. (Schuster, 1999, p. 41).

La cuestión se desplaza entonces a indicar qué se entenderá por *relevancia*, concepto siempre problemático dado su carácter altamente pragmático. En la propuesta de Schuster y para salvar en parte la ambigüedad que introduce lo pragmático, esa relevancia estará definida no tanto desde la perspectiva del epistemólogo sino en relación a los intereses de conocimiento (explícitos o implícitos) de los propios científicos, sus conocimientos previos, formas de razonamiento y metodologías admitidas, y aún sus ideas de relevancia social.

Por fin, la contextualización *determinante* intenta establecer el peso de lo considerado como relevante, tanto por los científicos como por los epistemólogos, en la forma y contenido que adquiere el conocimiento producido. Schuster nos dice:

> La contextualización determinante pretenderá avanzar un paso más –avance de logro difícil— intentando mostrar cómo los factores de producción llevan al descubrimiento y desarrollo de ciertas teorías y, en consecuencia, se establece una conexión entre el medio social más amplio y la estructuración de las teorías científicas. (Schuster, 1999, p. 24-25).

La idea de que este último tipo de contextualización es no sólo posible sino deseable fue atribuida como *desideratum* a las teorías materialistas, de corte marxista o aún a los primeros manifiestos del Programa Fuerte de Edimburgo. El propio Schuster parece sugerir con cierto aire de desconsuelo que se trataría de la contextualización más avanzada, en algún sentido la más exigente, aun cuando por ello mismo la que se torna en prácticamente inalcanzable. Por cierto, esta visión "determinista" no es en la actualidad compartida como ideal reconstructivo y de hecho ha ido cediendo paso a versiones que se ubican en las antípodas de las posibilidades reconstructivas, hoy más extendidas, a las que se ha dado en llamar "contingentistas".

2.2 Visión centrada en aspectos discursivos

Nos dedicaremos ahora a una forma bastante diferente de entender la contextualización. No es de extrañar que ésta haya surgido primariamente en el campo de los científicos sociales dedicados a estudiar la ciencia y la tecnología (sociólogos, historiadores, antropólogos, lingüistas, entre otros) y no del campo propiamente epistemológico. En estas concepciones no se apunta ya a elementos extralógicos o "factores" sociales, políticos, económicos sino a elementos de naturaleza lingüística. Así, además de *contexto,* en la literatura reciente se emplean a menudo las nociones de *enjeu* (para el francés) o *at stake* (para el inglés), vertidas al castellano como *aquello que se pone (o está) en juego* o incluso –de un modo tal vez no muy feliz– como *aquello que se apuesta.*

Todas estas nociones comparten la pretensión de lograr que en el análisis de la ciencia la atención se oriente desde los aspectos proposicionales (o de contenido) de las teorías científicas hacia la situación o la ocasión en la que se produce su formulación, enunciación o uso, y hacia las acciones asociadas a ella. Todas parecen compartir un presupuesto central: que la enunciación efectiva de una teoría es espacio-

temporalmente singular y, por ende, el hecho de que se la formule en un lugar o momento particular debe adquirir en el análisis una figuración pareja con su importancia. Así, tan crucial como "lo que la teoría afirma" será la consideración de otros componentes: quiénes la aceptan, qué opinión y actitud expresan los diversos participantes en el acontecimiento o proceso científico de los que la emisión en cuestión es parte constitutiva, qué actividades precedentes, concomitantes y subsiguientes tuvieron lugar dada su formulación, qué otros acontecimientos han tenido lugar en la vecindad, etc. Aún cuando, por cierto, no todos estos componentes serán en principio los relevantes desde la mirada normativa o apriorística de los epistemólogos.

El ámbito privilegiado de los análisis de este tipo han sido si no las "revoluciones", al menos los momentos de cambio teórico, conceptual y/o metodológico significativos. Un epistemólogo sensible a lo que se pone en juego cada vez que se formula una teoría o un nuevo modelo, por ejemplo, se pregunta por la dimensión de la acción correlativa, *qué se hace cuando se los formula* y *qué tipos de conocimiento o razones* permiten a los científicos competentes producir y comprender tales formulaciones. Y ello, en particular, cuando además conllevan innovación.

Se apoyan para su análisis en las teorías contextualistas del significado más conocidas, muchas de ellas provenientes de investigaciones antropológicas, que enfatizan funciones del lenguaje distintas a la informativa, orientando su análisis a la dimensión de la *acción* lingüística. Las propuestas más conocidas son herederas de una tradición inglesa unida a los nombres de Bronislaw Malinowski y Raymond Firth, tradición que subraya la función social del lenguaje. Para Malinowski y Firth toda formulación acaece en un contexto situacional culturalmente determinado y el significado de una formulación es la totalidad de su contribución a los patrones de vida y a la afirmación del rol y la personalidad de los hablantes de esa sociedad. Por su influencia sobre la Escuela de Edimburgo y discípulos destacados como Steven Shapin, en el ámbito de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología, la antropóloga más leída y mencionada es sin duda Mary Douglas, quien ha sostenido que las formulaciones teóricas, tal como cualquier otra porción de comportamiento significativo, sólo pueden ser interpretadas si se las enmarca en una cultura particular y se capta la función social que en ella desempeñan.

La célebre propuesta de Austin apunta del mismo modo a una dimensión de acción, si bien con centro en *lo que se hace con palabras*. Como es sabido, Austin propuso una distinción triple. Según él, *locucionario* es el acto de decir, *ilocucionario* es el acto realizado al decir algo (su estatus de promesa, de amenaza, de pedido, de enunciado, de exhortación, etc.) y *perlocucionario*, el acto que se realiza porque se dice algo (persuadir, enojar, etc.). Así, si además del contenido locucionario de una teoría se tomara en cuenta los fines ilocucionarios y los efectos perlocucionarios de su formulación, se abarcaría epistemológicamente el acto complejo de la enunciación de una teoría científica. Es precisamente Austin en quien se inspira la perspectiva socio-lingüística de Quentin Skinner, cuyas tesis, elaboradas en el marco de la perspectiva del historiador, extenderé a otros esfuerzos de reconstrucción del contexto de producción científica y tecnológica desarrollada en el campo más genérico de las ciencias sociales o los estudios sociales de la ciencia.

Skinner critica dos respuestas "ortodoxas" a las reconstrucciones de los contextos. Por una parte, la que con centro en lo que hemos llamado "factores extralógicos" atribuye a los factores religiosos, políticos y económicos la determinación del significado de los textos como si esto pudieran por sí mismos proveer el marco final para la comprensión de lo que se ha dicho y hecho al formular una teoría, una explicación, etc. y ello a través del rastreo y reconocimiento de conexiones causales. Por otra parte, se opone asimismo a las reconstrucciones que insisten en la autonomía del texto como la clave de su significado. Son muchas las acechanzas que enfrenta el estudioso de la ciencia que se atiene tan solo a los textos producidos por un científico: 1) las expectativas del analista hacia lo que quiere encontrar en ellos pueden sesgar su comprensión

de lo que en un momento dado los científicos afirmaron, aceptaron e hicieron; 2) los "modelos" y "preconcepciones" válidas en el presente del analista, sean culturales en un sentido amplio o correspondan a lo que la ciencia de su tiempo considera plausible, pueden, por ejemplo, forzar un falso reconocimiento de temas concebidos como "obligatorios" o la ceguera ante temas que el presente no atiende, 3) un curso argumentativo que se ha hecho canónico puede llevar a asignar a los científicos una coherencia en sus ideas de la que carecen (Skinner, 1988; 2007).

Aún cuando los textos en sí mismos no son autónomos y no deben ser estudiados desde preguntas y respuestas de los analistas, no habría nada externo a los textos mismos en la trayectoria hacia su comprensión. El conocimiento de los hechos del "contexto social" ayuda, pero lo fundamental para Skinner es comprender la *intención* del autor en una ocasión particular, dirigida a la solución de un *problema* particular. Se debería recuperar lo que el autor, al escribir en una época determinada y en diálogo con público determinado, podría haber querido significar las expresiones que usó. Para especificar el rango de significados que esas palabras o conceptos pueden haber tenido para él, en principio es relevante atender a las convenciones lingüísticas prevalecientes, así como el repertorio de conceptos y símbolos disponibles tanto para él como para su audiencia. La determinación del acto ilocucionario, lo que hacía el autor al escribir el texto, constituye un paso posterior y de la máxima importancia, a fin de conectar sus palabras con las cuestiones sociales y políticas problemáticas de la época.

En vena wittgensteniana, la fórmula apropiada para Skinner es que deberíamos no estudiar el *significado* de las palabras sino su *uso*. Por ello, al *recuperar* lo que el agente podría haber estado *haciendo* al escribir o hablar es cómo se lograría entender lo que ha querido significar con su texto. Y es en este momento cuando se ve el alto valor heurístico que adquiere el atender a las controversias, el rango de proposiciones y personas con las cuales podría haber estado discutiendo el texto. Lo importante a captar son precisamente tales intenciones ilocutivas, por ejemplo, atacar o defender una línea de argumentación, criticar o contribuir a determinada tradición del discurso. Dado el carácter convencional del *uso* del lenguaje, tales intenciones también son convencionales como lo eran las correspondientes al nivel locucionario. Pero los agentes van introduciendo cambios conceptuales con su uso y hacen que nuevos significados ganen consenso, por lo que las expresiones utilizadas por los autores en el marco más amplio de una determinada argumentación pueden verse como *movidas* dentro de un campo de significados controversial.

2.3 Visiones híbridas prevalecientes en los estudios empíricos contextualistas

Consideraremos a continuación ejemplos empíricos en los que ambos sentidos de contextualización se solapan. En un extremo encontramos posiciones de autores como Holmes, que han llegado a sostener incluso que para el científico experimental "el contexto social es periférico, salvo que llegue a ser un impedimento para su trabajo en curso" (Holmes, 1985, p. 16). De este modo, el contexto apropiado para examinar el diálogo entre teoría y práctica sería la unidad de investigación entendida como entidad histórica, abarcando el cuerpo de prácticas y técnicas experimentales y el proceso de escribir o delinear *papers* científicos, en tanto actividad donde el científico organiza en un todo coherente y lógico los diversos aspectos del camino de investigación que ha recorrido.

Son muchos los ejemplos de posiciones contextualistas que se han centrado en lo que podríamos considerar microestudios, en los cuales la contextualización se limita a identificar las estrechas condiciones materiales y simbólicas reconocibles en el emplazamiento de que se trate, por ejemplo, un laboratorio experimental, un polo científico-tecnológico, una "ciudad de la ciencia". Emblemático en este sentido es el

célebre libro de Latour y Woolgar, "*Laboratory Life*" (1979) en el que el laboratorio es analizado como un campo que supone arreglos singulares con respecto al instrumental disponible, la formación y dedicación de los científicos, la acción de agentes relevantes en el ámbito social, todos ellos pertinentes a la hora de dar cuenta de cómo se producen afirmaciones específicas. Aún cuando el recorrido hacia tales afirmaciones –que las más de las veces conllevan"descubrimientos"– supone grandes cuotas de persuasión y negociaciones sociales, a la larga los resultados tenderán a ser reconocidos como enunciados no controversiales, con base en evidencias confiables.

En su artículo "Voodoo Sociology. Recent Developments in the Sociology of Science" (1997), Stephen Cole critica este enfoque con el argumento de que si los sociólogos de la ciencia quieren mostrar que las variables sociales influencian el contenido cognitivo de la ciencia, deberían especificar cuidadosa y exactamente cómo una variable social específica influencia un contenido cognitivo específico. Si bien trabajos como el de Latour ilustrarían bien cómo los procesos sociales en general influencian el "hacer ciencia", aún fallarían en demostrar cómo han tenido un efecto significativo en una aceptación más puntual de las hipótesis, los conceptos y las entidades particulares por parte de la comunidad científica (Cf. Stagnaro et al., 2000).

Por fin, autores como Andrew Pickering (1984) otorgan a los factores contextuales más amplios un rol constitutivo positivo en distintas dimensiones que van desde el contexto local hasta la economía política. En oposición a la contingencia extrema de Latour y Woolgar, Pickering nos habla de un "oportunismo en contexto" con el que describe la dinámica de la práctica científica. En base a un modelo de contingencia local, cada generación de teorizaciones sirve para demarcar nuevas áreas de problemas a ser investigados por la próxima generación de experimentos. Las prácticas de los físicos teóricos proveen el contexto de las prácticas de los experimentadores y viceversa. Las prácticas de cada grupo constituyen la justificación y el objeto de los otros, generándose un soporte mutuo: los experimentadores se concentran en refinar y ajustar los fenómenos de interés, los teóricos contribuyen a la simbiosis de tradiciones refinando y adaptando el fenómeno producido por los experimentalistas, dando lugar al surgimiento de una forma de vida culturalmente específica. En ella se producen afirmaciones y se "construyen hechos" a lo largo de procesos que son socialmente contingentes. Sin embargo, esta contingencia no carece de estructura, pues ni la naturaleza es completamente maleable ni la producción de conocimiento no es puro azar. De allí que resulte crucial el diálogo entre el instrumental técnico, la manipulación experimental y la formación de conceptos. De este modo, la dinámica de la práctica estaría estructurada en función de la distribución de los recursos materiales y conceptuales y del acceso diferencial a ellos que se da en contextos locales de producción.

CONCLUSIÓN

Los enfoques caracterizados con anterioridad distinguen a trazos gruesos lineamientos en apariencia distales acerca de la contextualización. Empero si nos detenemos brevemente en los ejemplos concretos de estudios sobre la ciencia y la tecnología que han enfatizado el valor del contexto en tanto factor constitutivo en la producción del conocimiento, vemos que sus sentidos se solapan y su operativización permanece elusiva, a la espera de una sistematización y análisis ulterior.

No obstante, el breve repaso realizado nos permite afirmar que la discusión se centra en la manera como los dos tipos de enfoque pretenden salvar en cada caso el posible hiato entre producción y validación del conocimiento, o si se prefiere, entre el descubrimiento científico, la innovación tecnológica por una parte y su aceptación y justificación por otra. En la primera, una focalización centrada en factores extralógicos lleva la mirada reconstructiva hacia conexiones de tipo causal entre factores no discursivos y afirmaciones,

aún como anhelo filosófico final. Sobre todo si, como señala la crítica de Cole, se pretende mostrar ese nexo de un modo particularizado, las dificultades involucradas parecen llevar pendularmente a la consideración de todo nexo causal como inexistente o en el mejor de los casos coadyuvante, pero no determinante de la aceptabilidad de las afirmaciones.

En el terreno del discurso, lo que se buscan son conexiones a nivel del significado, y de manera signada por las convenciones del lenguaje, entre las palabras y la acción. Tal dimensión de la acción sería captable en las polémicas y controversias que mantienen los científicos alrededor de la formulación de teorías, modelos, interpretaciones, explicaciones o predicciones científicas. La reconstrucción y reevaluación de tales polémicas y controversias parecen erigirse en antídoto a la tendencia a autonomizar a los textos que han entrado en el canon científico cuando de captar su significado se trata. Se las ve como resguardos contra el peligro siempre latente tanto a) del presentismo en el caso de las investigaciones que involucran la comprensión de la ciencia del pasado, como b) de las parcialidades y distorsiones que impondría el posicionamiento, o el carácter situado, de los estudiosos en una u otra localización intelectual sobre las interpretaciones la ciencia del presente (Biagioli, 1996).

No obstante, en varios ejemplos concretos de estudios de la ciencia que se pretenden contextualizados vemos que en alguna medida se da un reconocimiento de la importancia de ambas visiones. Un contexto más acotado y microsocial suele prevalecer en los casos en los que no están en juego grandes cambios conceptuales y en los que las dinámicas de debate interno a las disciplinas parecen bastar para dar cuenta de lo que se acepta y del consenso alrededor de su validez. Otro más abarcativo de lo cultural y social prevalece en los momentos "revolucionarios" o de innovación radical, en los que la búsqueda de consenso excede el marco estrecho de los recursos materiales y conceptuales estrictamente científicos. En efecto, la alusión al contexto es mucho más generalizada y crucial cuando el estudio se centra en la innovación o lo "revolucionario". En estos casos el esfuerzo de reconstrucción suele dirigirse a las fronteras de la ciencia, es decir, allí donde la falta de consenso es característica. Por eso, los factores sociales –tanto los extralógicos como los plasmados en controversias intelectuales– parecen jugar un importante rol en la evaluación del nuevo conocimiento, así como lo hicieran en el momento inicial de plantear los problemas de investigación pertinentes. No es de extrañar, pues, que muchos de los estudios contextualistas hayan tendido a esclarecer cómo los factores sociales y las evidencias empíricas interactúan en el proceso de evaluación de las innovaciones, en el que operan múltiples restricciones provenientes de la consolidación y relativa independencia que adquieren las distintas disciplinas científicas y sus marcos explicativos y conceptuales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BIAGIOLI, Mario. From relativism to contingentism. Pp. 189-206, e*n:* GALISON, Peter & STUMP, David (eds.). *The disunity of science. Boundaries, contexts, and power.* Stanford: Stanford University Press, 1996.

COLE, Stephen. Voodoo Sociology. Recent Developments in the Sociology of Science. En: GROSS, P. ; LEVITT, N. & LEWIS, M. (eds.). *The flight from science and reason*. New York, Baltimore and London: The New York Academy of Sciences, The John Hopkins University Press, 1997.

FILIPPA, Ana *La producción del conocimiento en contexto. La sociología argentina y su producción en los años sesenta.* Tesis de Maestría inédita. FLACSO, Buenos Aires, 1996.

HOLMES, Frederic L. *Lavoisier and the chemistry of life: an exploration of scientific creativity*. Madison: University of Wisconsin Press, 1985.

PICKERING, Andrew. *Constructing quarks: a sociological history of particle physics.* Edimburgh: Edimburgh University Press, 1984.

SCHUSTER, Félix. Los laberintos de la contextualización en ciencia. Pp. 23-42, *en*: ALTHABE, Gérard & SCHUSTER, Félix (comps.). *Antropología del presente*. Buenos Aires: Edicial, 1999.

SKINNER, Quentin. Meaning and understanding in the history of ideas. Pp. 29-49, *en*: TULLY, James (ed.). *Meaning and context. Quentin Skinner and his critics*. Princeton: Princeton University Press, 1988 [1969].

_____. *Lenguaje, política e historia*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2007.

STAGNARO, Adriana; SCHUSTER, Félix; FILIPPA, Ana & HIDALGO, Cecilia. Epistemología fuera de contexto. *en*: SOTA, Eduardo & URTUBEY, Luis (eds.). *Epistemología e historia de la ciencia* **5** (6), 2000.